

# LA P Z:



*reto de estos tiempos*

**Armando Hart Dávalos**  
Seminario "Cuba en lo Internacional"

**LA PAZ:  
Reto de estos tiempos.**

*Armando Hart Dávalos.*





# LA PAZ:

*reto de estos tiempos*

Palabras de clausura pronunciadas  
por *Armando Hart Dávalos*.

Ministro de Cultura de la República de Cuba,  
en el seminario "Cuba en lo Internacional",  
auspiciado por el Movimiento Cubano por la Paz  
y la Soberanía de los Pueblos.



*Posterior a 1945, al calor del triunfo frente al fascismo, se fundó el Movimiento Mundial de Luchadores por la Paz. Desde entonces ha transcurrido casi medio siglo. Recientemente, se celebró, en la Habana, un seminario del Movimiento Cubano por la Paz y la Soberanía de los Pueblos "Cuba en lo Internacional" encaminado a evaluar las tareas que el nuevo tiempo le plantea a los combatientes por la paz. Allí hice una intervención cuyas ideas esenciales recojo en el presente trabajo.*

Un seminario de esta naturaleza, en un momento como el que viven Cuba, América Latina y el mundo, es un reto en tiempos de retos, motivado por cambios que han ocurrido en la arena internacional. Cambios que han afectado a la inmensa mayoría de los países del globo y han planteado el problema de la guerra o la paz en términos bien diferentes a como se señalaron, en 1949, cuando se constituyó, en París, el Movimiento por la Paz.

Han pasado cuarenta y tres años de aquella fecha, una época ha quedado atrás y una época se inicia ahora. Para



analizar los problemas que hoy tiene la paz en el mundo, hay que entender, en su verdadera naturaleza y dimensión, la diferencia entre la época que ha concluido en relación a la época que está todavía por descubrir. Por eso, quiero hacer una brevísima caracterización de los tiempos en que surgió este movimiento en relación a los tiempos en que hoy nos reunimos. El Movimiento Mundial por la Paz surgió con la conclusión de la II Guerra Mundial y sus diversos efectos. El resultado de aquella contienda -la liquidación del fascismo- creó enormes perspectivas para la humanidad y, a la vez, enormes incógnitas. Uno de esos resultados fue que en el mundo quedó dividido, una vez más, en zonas de influencia regional y quedaron constituidos, de hecho, dos grandes e importantes bloques políticos, militares y económicos.

Hoy ya no es así. En la configuración del mundo, tras los acontecimientos de los últimos años de la década del 80 y principios del 90, no existe esa bipolaridad. Tenemos que enfrentarnos a un mundo en el cual las guerras -o los temores de las guerras- se manifiestan en forma muy distinta. Y, al mismo tiempo, un mundo en que la potencia imperialista más poderosa se ha creído dueña de toda la humanidad y con poder supremo para los arbitrajes políticos. En este tiempo histórico, también ocurrió uno de los acontecimientos más progresistas de este período: el desplome del sistema colonial de Asia y África, así como de otros países que vivían, como Cuba, en el neocolonialismo. Se abrieron, asimismo, las posibilidades de que el conjunto de los países pobres de Asia, África y América Latina, pudieran presentar una plataforma política común, que se expresaba -y se expresa- en el Movimiento de los No Alineados.

6

Al inicio de este período, también surgieron grandes escenarios políticos internacionales antes no conocidos en la historia del hombre, al menos, en esa magnitud y carácter. Pienso en las Naciones Unidas y en las organiza-



ciones internacionales. Hubo progresos, hubo avances y, sin embargo, de pronto, se produce un retroceso histórico de viejas y profundas raíces en los países de Europa que habían asumido el camino del socialismo. Este panorama nos lo encontramos, hace sólo unos años, cuando se produce ese desplome y empezaron a surgir esperanzas en los conservadores del mundo de que se había instaurado -o se podría instaurar- un nuevo orden conservador reaccionario en el orbe. Llegaron incluso a plantear, en el colmo de la euforia reaccionaria, el fin de la historia.

A nosotros los cubanos, educados y formados en el pensamiento socialista, la historia del hombre, en el sentido más profundo y pudiera decir filosófico de la expresión, no había comenzado, por que andamos todavía por la prehistoria. Mas, en el mundo de hoy, cargado de incertidumbre, han aparecido, en los últimos meses y años, algunos síntomas interesantes, importantes, acerca de que la euforia conservadora no tiene la validez que creían. Quizás desde este rincón de América y del mundo, que Martí situó en el crucero del universo, donde, según decía, han de derramar su comercio todos los países respetuosos del orbe; quizás desde Cuba, punto clave de la coyuntura internacional actual, se puedan apreciar algunas dimensiones de los problemas reales que tiene planteados la humanidad. Y se podrían apreciar por qué Cuba no ha renunciado, ni renunciará, a sus principios revolucionarios y socialistas.

Se refirió también Martí, en pensamiento que tiene una actualidad dramática, a las amenazas que los grandes círculos de poder norteamericano extendían sobre América y el mundo, al hecho de que se iban a apoderar de Cuba, de Puerto Rico y de las Antillas y que, con esa fuerza más, caerían sobre América y pondrían en peligro el equilibrio del mundo. Dijo, igualmente, que un error en América, es un error en la humanidad moderna. A más de cien años de ese



pensamiento, qué vigencia y que fuerza tiene en nuestros corazones y en nuestra mente. Recordando esa idea, decía, hace unos días, en una reunión con un amplio grupo de jóvenes, que si un error en Cuba es un error en América, un error en la humanidad moderna, podría decirse que, un acierto en Cuba, es un acierto en América y en la humanidad moderna. Y de lo que pueden estar ustedes convencidos es de que nuestro pueblo lucha y trabaja por evitar que se cometa el error y por asegurar el acierto.

Cuba fue punto culminante de un momento singular en la historia de este casi medio siglo, tiempo que lleva de constituido el Consejo Mundial de la Paz. Fue cuando, en 1962, tuvo lugar la Crisis de Octubre. Hace unos días, por la televisión, Fidel Castro se refería, en una intervención magnífica, a aquellos acontecimientos. Estuve en esos momentos dentro de esos sucesos, como todos los cubanos, apreciaba todo lo que sucedió y tuve la sensación, muy personal, de si entonces no es que había comenzado, de manera definitiva, la línea de retroceso histórico que culminó en los acontecimientos de Europa del Este en los finales de la década del 80. He pensado, también, si aquella crisis no hubiera podido garantizar la paz más efectivamente. Y pensé que si la causa del socialismo, y del movimiento revolucionario que el socialismo representa, hubiera tomado, desde aquel momento, con toda la fuerza, con todo el rigor, y con todas sus consecuencias, el principio de independencia nacional a escala internacional, si no hubiera avanzado más nuestra causa.

Es cierto que, en cierta manera, se logró que a Cuba no la atacaran abiertamente, sino que lo hicieran de una forma más solapada. Pero pensaba que, si entonces, no se perdió la oportunidad de que el mundo entero supiera que la causa del socialismo defendía los intereses de la independencia nacional. Y a propósito de este principio de la independencia nacional y de la autodeterminación de los pueblos



gira, en mi criterio, uno de los aspectos claves que, seguramente, toma en cuenta el Movimiento Mundial por la Paz.

Es cierto que en la cultura política universal, y sobre todo después de las declaraciones constitutivas de la Naciones Unidas y de todo el quehacer internacional de los últimos cuarenta años, en cuanto a la cultura política, se llegó a aceptar este principio de independencia nacional y de soberanía de los pueblos como algo de validez universal. Se violaba, se alteraba constantemente en los hechos, pero, sin embargo, estaba plasmado en la cultura política del mundo, era algo que se expresaba jurídicamente en las constituciones, en las Naciones Unidas, en el mundo.

No es ahora cuando podemos hacer la historia de dónde y cómo se violaron esos principios. Pero ese principio de la defensa de la soberanía nacional y de la independencia de los pueblos fue el que también movió al movimiento revolucionario de los países llamados subdesarrollados a conquistar la libertad, la justicia. En muchos casos, incluso, la relación entre la independencia nacional y los principios sociales que se expresan en el ideario socialista, se llegaron a combinar en la lucha revolucionaria de algunos pueblos. Así, las banderas del socialismo se levantaron muy estrechamente unidas a las de la independencia nacional de países como Vietnam. A lo largo de estos cuarenta años, numerosos pueblos se desgajaron del sistema colonial, e incluso del mandato político del sistema capitalista, en nombre de esos principios, de la autodeterminación. Se convirtió aquello en cultura política y en bandera de lucha de los sectores más progresistas y revolucionarios de los países subdesarrollados del mundo. Los hombres de mi generación pensábamos que esa era una de las grandes conquistas de la humanidad. Los acontecimientos dramáticos de estos últimos años, de echo, empezaron a cuestionar estas conquistas y a revelar que el problema no estaba consolidado en la conciencia del mundo.



Por un lado, los reveses del socialismo generaron que nacionalismos extremos, luchas interétnicas, brotaran ante la vista espantada del hombre. Cuando muchos creíamos, antes, que eran cosas que iban en proceso de extinción en la humanidad, hemos visto -y vemos hoy- luchas fratricidas, raciales, étnicas, mezcladas también con intereses regionales y nacionales. Estas luchas, incluso, tienen cierta validez histórica y le plantean situaciones sumamente complejas a una parte del mundo, me refiero a ciertos países de Asia, de Europa o de la antigua Unión Soviética. Pero, del otro lado, en los Estados Unidos, con la administración Bush, empezó a gestarse, como doctrina política, e incluso con pretensiones de expresión jurídica, la idea de violentar la soberanía, de los pueblos. Antes ya lo hacían, pues invadieron Granada y Panamá, intervinieron groseramente en los procesos de Nicaragua, sostuvieron la guerra contra Vietnam.

El cambio cualitativo que se produce en los Estados Unidos con relación a este principio de autodeterminación, es que intentan darle forma jurídica, de doctrina, de derecho a intervenir. Dos decisiones marcan esta política de proclamar jurídicamente la intención de intervenir: la resolución del Tribunal Supremo de los Estados Unidos que autoriza el secuestro en un país extranjero y la enmienda Torricelli. Esta última, por cierto, es una enmienda a una legislación relacionada con los presupuestos militares, que proclaman el derecho bárbaro de intervenir en decisiones que corresponden, no ya a Cuba, sino a otros países del mundo. Lo realmente alentador ha sido el rechazo universal que ha tenido esta decisión norteamericana. Fue como si el mundo, de pronto se percatara de la gravedad de lo que estaban proclamando estos señores, que violenta, incluso, los principios en que se sustenta la civilización burguesa y la civilización humana.



Violentaron los principios que estaban en génesis de la civilización que ellos mismos habían creado. Pensé que algo debía andar mal, porque, cuando se violentan los principios en que una civilización se dice sostener, es porque algo anda mal. A lo largo de cinco siglos de la creación de los estados nacionales, producto del movimiento burgués-democrático, se fueron tejiendo una serie de principios y fueron alcanzando algunos postulados, entre los cuales estaba éste de la independencia nacional que, en nuestra época, alcanzó una dimensión de gran vuelo, mucho más que en etapas anteriores. La ley Torricelli y la resolución del Tribunal Supremo de los Estados Unidos pasan por alto estos principios y se sitúan en una posición de enfrentamiento a los mismos. Ello es un síntoma de la debilidad del imperio.

Porque antes podían, hipócritamente, violarla sin decir que la violaban, pero ahora querían hacerlo como un derecho bárbaro. Los principios de soberanía nacional y de independencia de los pueblos son puntos claves para el sostenimiento de la paz y pueden resumirse en el pensamiento del Benemérito de las Américas Benito Juárez, cuando dijo: la paz es el respeto al derecho ajeno. Ahí tiene, pues, el Movimiento por la Paz, en nuevas condiciones históricas, una bandera a la cual no ha de renunciar. Porque renunciar a ella es renunciar a la paz, como lo prueba no sólo la historia del imperialismo, sino también la dolorosa experiencia que reveló la disolución de la URSS. Allí donde no se respetó, profundamente, la idea leninista de la autodeterminación de los pueblos, la historia les pasó la cuenta.

Es decir, que el principio de soberanía y de independencia nacional es una cuestión irrenunciable y, en este sentido, Cuba está dando su batalla. Por eso, hemos dicho que la batalla de Cuba no es sólo para nuestro país, sino por principios universales. Porque, lo que se discute no es si seamos o no socialistas, lo que se discute es si seamos o no independientes y si somos o no parte de Ibero-



américa, o mejor, parte de lo que Martí llamó Nuestra América. En cuanto a la cultura, lo que se discute sobre Cuba es si somos parte de la cultura de nuestra América, la de Bolívar y Martí, la de los próceres de este continente, o si vamos a renunciar a serlo y nos convertimos en parte de la América sajona, aquella que esbozó Monroe. Y no es, como lo han demostrado los últimos encuentros sostenidos en Cuba por personalidades religiosas con Fidel Castro, que odiamos al pueblo y a la sociedad norteamericanos.

Hace más de un siglo Martí refiriéndose a Cutting, un periodista aventurero que pretendía, a finales de la centuria anterior, que los Estados Unidos siguiera anexándose territorios mexicanos, decía: "Amo tanto a la patria de Lincoln como temo a la patria de Cutting". No es que pretendamos un antagonismo con la sociedad de la América sajona, es que tenemos que defender nuestra cultura latinoamericana y caribeña, ya que somos parte de ella. Si se tiene en cuenta las fuerzas políticas, económicas y militares presentes a lo largo de estos últimos cuatro o cinco siglos, así como que pesaron sobre Cuba lo Estados Unidos y otras potencias europeas, en la mentalidad del reaccionario norteamericano está que Cuba es parte de su territorio. Pero lo que no tiene en cuenta ese pensamiento reaccionario es que a lo largo de estos casi tres siglos, en este país, en esta patria nuestra, se produjo una evolución económica y social, que fue revelada, asimismo, en una cultura propia, que ofreció resistencia a esa fuerza y decidió ser una nación independiente. Eso es lo que no tiene en cuenta el pensamiento reaccionario norteamericano y se asombra de que querramos ser independientes. No valora lo que pasó en esta tierra en estos doscientos años; valora, exclusivamente, el potencial que tuvieron las fuerzas tecnológicas, económicas y militares de Europa y de América del Norte. Aquí hubo una evolución económica, social, que se reveló en una cultura de resistencia que originó a esta nación. Quería subra-



yar este elemento, porque está enmarcado en el principio de la autodeterminación.

A lo largo de estos más de cuarenta años, también se ha hablado mucho de otro tema, que, de seguro, está igualmente en la agenda del Movimiento por la Paz, y el cual los revolucionarios no debemos rehuir. Me refiero a los derechos humanos. Este concepto, tiene sus antecedentes de las revoluciones burguesas, en la Ilustración, en el iluminismo y en los sentimientos de redención humana que inspiró, en los primeros siglos de nuestra era, el cristianismo, como un elemento importante de la cultura política de nuestra época. Pero cabría decir algo similar a lo que alguien dijo refiriéndose a la libertad. Diría: ¡Oh derechos humanos, cuántos crímenes se cometen en tu nombre! y cabría analizar qué son los derechos humanos.

La civilización burguesa occidental -y obsérvese que no digo la cultura occidental- y, también, en parte, la cultura de los pueblos de Occidente, pasó siempre por alto, o no le dio la importancia debida, al problema social. Han dicho algunos escritores, investigadores, que el tema social es relativamente nuevo en la cultura de Occidente. Si se va desde los filósofos de la antigua Grecia hasta Hegel, o hasta la Ilustración, o hasta las revoluciones burguesas, se ve que ese tema no había sido nunca abordado desde el plano profundo de la cultura. En todo caso, ya en la Ilustración, el problema de los derechos del hombre se planteó en un terreno abstracto, formal. Pero cuando se trataba de la libertad de los esclavos de Haití, y de los derechos humanos de los haitianos, entonces no funcionaban los derechos universales del hombre.

Incluso, la revolución independentista de los Estados Unidos, la de Washington, y todo el ideario de las trece colonias, que fue un paso de avance indiscutible, dejó por un siglo el problema de la abolición de la esclavitud, que no fue resuelto hasta la Guerra de Secesión, aunque



después quedó la discriminación social. Hasta tanto el problema de los derechos humanos no se planteó en términos universales, en términos del derecho de los pueblos oprimidos, en términos de los negros explotados de África, en términos de las masas indígenas explotadas de América que viven al margen de la civilización, en términos de los trabajadores desempleados que ven morir a sus hijos de hambre e incluso, en términos de las masas que en los propios Estados Unidos sufren la opresión y viven en los subterráneos de la ciudad de Nueva York, de qué derechos humanos se puede hablar. ¿Se puede hablar de derechos humanos para millones de seres humanos que no saben la palabra libertad y que no saben leer la expresión derechos humanos? ¿Para ellos no hay derechos humanos? ¿Por qué este déficit?

En el plano cultural es porque no han querido situar la cuestión social en el centro de las problemáticas concretas del hombre. En el plano de las raíces económicas profundas es que quieren mantener su dominio sobre toda la humanidad. ¿Y van a arrebatarnos a nosotros esa bandera? Yo digo que no. En fin, que el principio de los derechos humanos y el principio de autodeterminación de los pueblos me parece que es un punto clave para un análisis de los problemas de la paz. Por eso, he visto con gran entusiasmo que, en estos días, ustedes se han propuesto analizar aspectos económicos, jurídicos, políticos. Porque los problemas de la paz relacionados con la autodeterminación de los pueblos, con los derechos sociales, es necesario estudiarlos desde diversas disciplinas. Y me alegra que ustedes lo comprendan así y los felicito por ello.

El Movimiento por la Paz tiene hoy tareas en el nuevo mundo que se está gestando. Quizás tenga hoy mayor posibilidad de ejercer su influencia que antes, porque ya no depende tanto de decisiones de superpotencias. Un movimiento cultural, un movimiento políti-



co, un movimiento de sentimientos humanos como el Movimiento por la Paz, en un mundo en que ha desaparecido la bipolaridad que antes era el andamiaje principal de la esfera internacional, se hace posiblemente más factible. Sólo está en que la izquierda del mundo encuentre su camino. Desde luego, la izquierda en nuestro mundo ha sufrido un gran golpe y ha estado, de momento, como aletargada. Incluso, se empezó a hacer una lectura de los acontecimientos de la última década en Europa del Este con una visión de derecha. Todavía no se ha realizado, con la profundidad debida, aunque hay intentos valiosos de eminentes intelectuales, escritores y dirigentes sociales, la lectura de izquierda de los acontecimientos de la década del 80.

Los cubanos nos sentimos depositarios de la mejor tradición de lo que he llamado la práctica socialista del siglo XX, de la tradición socialista internacional y de la tradición revolucionaria del socialismo en este siglo. Desde luego, me siento depositario de esa tradición, pero me acojo a un principio jurídico y lo aplico a la política, como lo aprendí en días lejanos, en mis estudios universitarios de Derecho Romano. es decir, acepto la herencia a beneficio de inventario. Y estoy seguro de que si se hace el inventario es extraordinariamente positivo para las ideas socialistas, pero si no se hace, se forma una confusión. Quizás sean las generaciones futuras las que mejor hagan el inventario, pero sí digo que los cubanos no vamos a renunciar al socialismo, ni a la tradición socialista de lo mejor de la humanidad.

Se dice que desapareció el socialismo real y que, por tanto, ha desaparecido la idea socialista. Sin embargo, pienso que Marx, Engels y Lenin vivieron cuando no existía la idea del socialismo real. Y, en Cuba, evolucionamos en nuestra cultura y en nuestra historia hacia las ideas socialistas, muy enlazadas con el pensamiento antimperialista y profundamente democrático radical de José



Martí. En 1925, cuando se fundó nuestro primer partido comunista, Julio Antonio Mella y Carlos Baliño -este último que venía de la generación de Martí- se abrazaron a la idea socialista del Gran Octubre sobre el fundamento de la tradición antimperialista del Apóstol. Así se produjeron los primeros pasos de la articulación del pensamiento revolucionario cubano con el pensamiento socialista universal, bajo la influencia de la Revolución de Octubre, del leninismo, y del fundamento antimperialista de la nación cubana.

El antimperialismo en América Latina es anterior, incluso, a la Revolución de Octubre y nosotros venimos de ese antimperialismo que, en las circunstancias específicas de Cuba y dadas las coyunturas que se presentaron especialmente en la década del 50 y el 60, completó su evolución hacia un pensamiento socialista. No vamos a dar marcha atrás en ciertos principios, porque no tenemos otra alternativa. Si es que queremos defender los intereses de todo el pueblo, como en efecto queremos, tenemos que continuar en nuestras posiciones de principio de manera irrenunciable. Y no es un voluntarismo, no es un doctrinismo, como se nos ha dicho, es una necesidad de nuestra defensa a la soberanía nacional.

Porque hay que conocer la historia de Cuba, y hay que conocer cómo evolucionaron las ideas políticas y revolucionarias cubanas en este siglo, para darse cuenta de que renunciar a lo que ya hemos conquistado es una traición imperdonable. Si existiera alguna duda, ahí está lo ocurrido en Europa de Este, donde, cuando renunciaron a ciertos principios, ni siquiera pudieron permanecer en el poder los primeros reformadores, pues fueron arrasados también por las fuerzas más retrógradas. En Cuba -y hablo para amigos de otros países que nos visitan, pues esto es bien conocido por los cubanos-, no puede presentarse un programa político con base social, con base



cultural y con base histórica, contra el programa de la Revolución Socialista, porque el principio de la unidad nacional pasa por el principio socialista.

En Cuba, no ocurrió la tragedia que sucedió en Alemania, donde la unidad nacional sirvió de bandera para aplastar a la RDA. En Cuba, es al revés, la unidad nacional pasa por la bandera del socialismo, que tiene una tradición -como antes decía- en la lucha antimperialista de Martí y en la lucha antimperialista de América Latina. Por eso, defendemos el socialismo. No podemos decir que, en este minuto histórico, sea la fórmula universal para todos los países. En primer lugar, porque creo que uno de los elementos fundamentales para el triunfo de cualquier idea justa en el mundo es, precisamente, el respeto al derecho ajeno de cada pueblo a escoger su destino.

He participado, en estos días, en una magnífica reunión en Caracas, con los ministros de cultura de América Latina y el Caribe. Ya hemos celebrado cinco encuentros en menos de cuatro años, en Brasil, en Argentina, en México, en La Habana el pasado año y en Caracas ahora. Un tema tan complejo como el de la cultura, en el cual las ideas se revelan de manera muy fácil, hemos encontrado un diálogo sobre la base de diversos regímenes jurídicos y diversos sistemas sociales. Así, todos los ministros de Cultura hemos cohesionado un camino de comprensión, que sirve de base a la unidad de nuestra América. Pero si respetamos el derecho de cada país a escoger su camino para la independencia, si respetamos el derecho de cada país a decidir qué sistema económico va a regirlo, aún cuando podamos tener tal o cuál opinión en contra, solicitamos que a los cubanos se nos deje decidir nuestro destino.

Y si se trata de democracia, también estamos dispuesto a discutir dónde hay más democracia. No voy a comparar a Cuba con la democracia de otros países, voy a compárala



con la democracia que existía en la Isla antes de la Revolución. Y no ya la etapa de Batista, que estuvo ausente de democracia, sino en los gobiernos anteriores, que se inspiraban en similares principios a los que ahora quieren imponernos. Esa democracia era limitada, reducida, se volvía una expresión hueca, en un país en que la mitad de los niños no tenían escuelas y cerca de un millón de personas no sabían escribir esa palabra. De manera que, creo, hay suficientes argumentos para discutir, en el terreno de los derechos humanos, en el terreno de la democracia y, desde luego, en el terreno de la autodeterminación de los pueblos, que son los valores más altos que hasta hoy se han revelado en la cultura política universal. Aunque, como decía, ahora han tratado de negarlos política y jurídicamente, con la Ley Torricelli o con la resolución del Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

Pero estos valores de autodeterminación de los pueblos, de democracia, de libertad, de derechos humanos, podemos discutirlos en nombre de la democracia para toda la humanidad, sin excepciones de clases, de grupos sociales y de etnias. Puede desarrollarse un fuerte trabajo en la lucha por la paz sobre los principios esenciales de la cultura política del mundo. Principios que han sido teóricamente aceptados y que, si en la práctica no se aplican, es porque no son consecuentemente democráticos, porque no son consecuentemente defensores de los derechos humanos. Hay que ganar la batalla de las palabras. Han tergiversado las palabras y se han apoyado, para ello, en dos elementos: en los poderosos medios de difusión de que disponen y en cierto manejo semántico, cierto manejo irregular o caprichoso del idioma. Les decía a los profesores de Letras que deberíamos redactar un verdadero diccionario, para esclarecer algunos términos.

La paz se sustenta sobre el respeto de los principios más importantes que ha alcanzado la cultura política en el



mundo. Si no hay paz es porque los sistemas políticos y económicos violentan esos principios. Creo en los derechos universales del hombre, pero para Francia y Haití, para España y Cuba, para todos los pueblos del mundo. Nuestros derechos humanos y nuestras libertades, en el plano más revolucionario de la expresión, son genuinamente universales. En la civilización burguesa contemporánea son formales y aristocráticos.

Felicitemos, de nuevo, por último, a los organizadores de este seminario, agradecemos de nuevo la presencia de amigos de diversos países y les invitamos a meditar sobre estos problemas. No quiero que estas palabras sean, como se dijo, conclusiones de este encuentro, sólo aspiro a que sirvan para meditar sobre estos puntos de vista.

Muchas gracias.



Este Folleto se procesó con  
el Sistema de Edición Automatizado  
y se imprimió en el Taller del  
*Movimiento Cubano por la Paz*  
y *La Soberanía de los Pueblos*  
en el mes de Octubre de 1993.



